



Cantar de Valtario

PREMIO NACIONAL DE TRADUCCIÓN

Edición y traducción de Luis Alberto de Cuenca

Lectulandia

Compuesto probablemente a finales del siglo X, durante el reinado del emperador Otón III, el *Cantar de Valtario* es una de las joyas más preciadas de la literatura latina medieval. Canta las hazañas de Walther o Valtario de Aquitania o de España, héroe del reino godo de Tolosa en los años oscuros de las invasiones germánicas, allá por el siglo V. Su autor fue, quizá, el monje Ekkehard I de San Gall (monasterio de la actual Suiza), nacido hacia 900 y muerto en 973. Pero poco importa quién sea su autor o el momento histórico en que fuera escrito, porque lo que cuenta es la fluidez mágica del relato y la atmósfera irreal que envuelve esta auténtica novela de aventuras trepidantes, tan sugerente y tan moderna que su lectura se convierte en una experiencia inolvidable. Con esta versión del *Cantar de Valtario*, Luis Alberto de Cuenca obtuvo el Premio Nacional de Traducción.

Lectulandia

Anónimo

Cantar de Valtario

ePub r1.0

Titivillus 10.01.16

Título original: *Waltharius*

Anónimo, 900

Traducción, prólogo y notas: Luis Alberto de Cuenca

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

NADIE SE ACUERDA AHORA de que, en 1855, el escritor alemán Joseph Viktor von Scheffel publicó una novela histórica titulada Ekkehard. *Eine Geschichte aus dem zehnten Jahrhundert* («Ekkehard. Una historia del siglo X») que le valió gran fama en su época. Narraba en ella la vida de un tal Ekkehard, apasionado lector de Virgilio, y refería sus problemas amorosos con una dama de la aristocracia. En realidad, Ekkehard fue un monje benedictino de la abadía de San Gall que se sabía, sí, la *Eneida* de memoria, pero que no nos consta que flirtease con señoras de la nobleza. Lo único que el novelista no se inventa es el poema en 1.456 hexámetros latinos que Ekkehard compone en momentos de inspiración y que se incluye, íntegro, en la novela, traducido por Scheffel en fluidos y sonoros versos alemanes. Ese poema, conocido como *Cantar de Valtario* o, simplemente, como *Waltharius*, es el texto que justifica estas líneas y una de las joyas más preciadas de las letras latinas medievales.

El argumento es una antigua saga germánica que se encuentra también en dos fragmentos de un perdido *Waldere* anglosajón^[1], en la italiana *Cronaca della Novalesa* y, ya en el siglo XIII, en el *Nibelungenlied*^[2], en una crónica polaca, en la *Saga de Teodorico* noruega y en el *Biterolf und Dietleib* alemán.

El objeto de la saga es cantar las hazañas de Walther o Valtario «de Aquitania» o «de España», héroe del reino godo de Tolosa en los años oscuros de las invasiones germánicas, allá por el siglo V. Celebrado entre anglosajones, alemanes, noruegos, italianos y polacos, parece probable que lo fuese también a este lado y al otro de los Pirineos. En ese sentido, don Ramón Menéndez Pidal ve su huella en dos romances, el de la Escriveta, cantado todavía hoy en el Languedoc y Cataluña, y el de Gaiferos y Melisenda, cantado en Castilla^[3].

Fue un avezado buscador de tesoros bibliográficos, F. Ch. J. Fischer, el responsable de la *editio princeps* del *Waltharius* (Leipzig, 1780). La primera edición crítica corrió a cargo de Jacob Grimm y Andreas Schmeller, dentro de sus *Lateinische Gedichte des X. und XI. Jahrhunderts* (Gotinga, 1838), que fue posiblemente el texto que Scheffel tuvo delante a la hora de traducir el poema para insertarlo en su novela. Y es que fue a partir de Grimm cuando comenzó a atribuirse el cantar al monje Ekkehard I de San Gall, nacido hacia 900 y muerto en 973, pues a él se lo atribuye, un siglo después, otro monje del mismo monasterio llamado también Ekkehard (el IV de su nombre), que corrigió la métrica y el estilo de la obra de su antecesor.

Los estudiosos que aceptan sin reservas la atribución a Ekkehard I ven en el *Waltharius* un *exercitium* de juventud del monje que sería revisado dos veces: una, por su maestro, Geraldo, y otra, por Ekkehard IV en el siglo XI. Strecker, el editor más conspicuo del poema, lo considera anónimo, mientras que otros atribuyen su paternidad a Geraldo, el firmante de la dedicatoria inicial.

En cuanto a la fecha de composición, también es discutida agriamente por los filólogos, variándola desde comienzos del siglo IX, durante el reinado de Ludovico Pío, hasta la época de Otón III, a finales del siglo X, fecha esta que nos parece mucho más plausible.

Al margen de todas estas discusiones eruditas (la literatura científica suscitada por el *Waltharius* es abundantísima), el cantar reúne tantos méritos que poco importa quién sea su autor o el momento histórico en que fuera escrito. La fluidez mágica del relato atrae y deleita a cualquier lector, con tal que se interese por la aventura. Y la atmósfera irreal que envuelve los hechos narrados en el poema hace de su lectura una fantástica experiencia.

Si la poesía cristiana de los primeros siglos del Medievo se proponía combatir el *ludus saecularium vocum* con su invitación a la eternidad, el poeta que canta a Valtario se aparta de los textos sagrados y abre gozosamente los ojos al *ludus* quebradizo del mundo, abandonándose a la fiesta de contar lo que ve (es la *Lust zu fabulieren* de los alemanes, el «apetito de narrar»). Y, en la excitante confección de su relato, no olvida a sus queridos *auctores* Virgilio, Prudencio, Ovidio..., a los que plagia alegremente, pero sin que el mosaico que acaba construyendo pierda con ello un ápice de vida, de fuerza narrativa y originalidad.

Hasta ahora no se había vertido al castellano, que yo sepa, el *Cantar de Valtario*. He utilizado en mi traducción como texto base el fijado por Karl Strecker en una edición^[4] que es un auténtico monumento de la filología latina medieval. He consultado con provecho dos excelentes traducciones modernas^[5]. Pero, ante todo, lo he pasado muy bien trasladando a mi lengua las hazañas de un héroe bárbaro que, por obra y gracia de no importa qué monje, hablaba en latín. Ojalá disfrutes, lector, con las aventuras de Valtario. Y que Dios nos conceda a todos, si no la salvación, por lo menos una Hildegunda que vele nuestro sueño.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Madrid, 1987 y 2012

DEDICATORIA DE GERALDO

OMNIPOTENTE PADRE, amador de la virtud suprema, Hijo de igual poder y Espíritu Santo que de ambos procedes, Tú que eres en tres personas una sola Deidad, Tú que vives y reinas sin fin sobre todas las cosas, protege ahora y siempre al ilustre obispo Ercambaldo, que dignamente brilla con reluciente nombre, para que, lleno del hálito divino, crezca por dentro y sea por siempre remedio salvador para muchos. Santo prelado de Dios, acepta ahora el don que, tras pródigos esfuerzos, decidió obsequiarte tu siervo Geraldo, que, aunque débil y vil pecador, es de corazón leal y fiel discípulo tuyo. Ruego constantemente en mis preces al Señor omnitonante que se haga realidad cuanto te deseo; ojalá te lo conceda el Padre que rige cielo y tierra desde lo alto. Siervo del Dios supremo, no rechaces las palabras de este librito; no canta las bondades de Dios, sino las hazañas de un guerrero llamado Valtario, curtido en numerosos combates; aspira más a divertir que a elevar plegarias al Señor; leyéndolo, se te harán más cortas las horas del día interminable. ojalá seas feliz por muchos años, santo ministro, y recuerdes con cariño en el corazón a tu hermano Geraldo.



LA TERCERA PARTE DEL MUNDO, hermanos, se llama Europa. Sus pueblos difieren entre sí en el nombre, la lengua y las costumbres, distinguiéndose también por la religión y por el culto a dioses diferentes. Notorio es entre ellos el pueblo de Panonia, al que por lo común solemos llamar de los Hunos. Este pueblo valiente, superior a los demás en coraje y destreza en el uso de las armas, extendió su dominio no sólo por las regiones circundantes, sino también por las situadas a orillas del Océano, pactando con aquellos que se rendían y sometiendo por la fuerza a los rebeldes. Más de mil años dicen que duró su dominación.

Hubo un tiempo en que el rey Atila ocupó el trono de Panonia y quiso renovar con diligencia y con valor los triunfos de sus mayores. Para lo cual, trasladando su campamento, decidió dirigirse al país de los Francos, cuyo rey era entonces Gibicón, poderoso en su alto solio, padre feliz de reciente prole, pues le acababa de nacer un varón llamado Guntario, cuyas gestas narraré después.

Un rumor inquietante llega en vuelo a oídos del rey, diciéndole que un ejército hostil, muy superior en número a las estrellas y a las arenas de las playas, ha cruzado el Danubio. Gibicón no confía en sus armas ni en la fuerza de su pueblo. Convoca a sus barones a una asamblea y les pregunta qué debe hacerse. Todos coincidieron en que debía llegarse a un pacto con los Hunos: tenderles una diestra amistosa, darles rehenes y pagar el tributo que pidiesen; todo era preferible a perder a la vez la vida y el país, y aun los hijos y las mujeres.

Había en aquel tiempo en Francia un joven guerrero llamado Haganón, de prendas inmejorables, vástago del ilustre tronco troyano. Y es a él, siendo Guntario de una edad tan temprana que su tierna vida correría peligro lejos de su madre, a quien deciden enviar como rehén al rey de los Hunos, junto con un inmenso tesoro. Sin demora parten embajadores con el tributo y con el muchacho, solicitan la paz y conciertan la alianza.

Regían entonces la Burgundia cetros poderosos, cuya primacía ostentaba Heririco. Tenía éste una única hija llamada Hildegunda, que sobresalía por su nobleza y por la perenne guirnalda que su hermosura le otorgaba. A ella, como única heredera, le correspondería algún día el palacio paterno y, con él, todos los tesoros acumulados por su padre, si es que llegaba a disfrutar de todo aquello.

Los Ávaros^[6], una vez confirmada la paz con los Francos, se detuvieron en un

confín de su territorio. Atila entonces dirigió hacia Burgundia sus veloces riendas, y no tardó en seguir sus pasos el resto del ejército huno. Iban perfectamente formados en largas filas iguales, y gemía la tierra golpeada por los cascos de los caballos, y tronaba en lo alto el cielo temblando ante el estrépito de los escudos. Una selva de hierro resplandece tiñendo con su brillo los campos, como cuando al despuntar el alba el radiante sol golpea el mar y reverbera su fulgor en todas las playas del mundo. Ya han cruzado los hondos cauces del Saona y del Ródano, y toda la tropa se dispersa por el país en busca de botín.

Por aquel entonces tenía Heririco su corte en Chalon; de repente un centinela, levantando los ojos, grita:

—¿Qué nube surge allí con densa polvareda? Una hueste enemiga se acerca. ¡Cerrad todas las puertas!

Como el rey Heririco sabía ya lo que habían hecho los Francos, reunió a todos sus barones y les dijo:

—Si un pueblo tan valiente como el de Francia, con el que no podemos parangonarnos, se rindió a Panonia, ¿con qué valor creéis que vamos a presentarles batalla y a defender la dulce patria? Mejor es concertar una alianza con ellos y pagarles un tributo. Entrego también sin vacilación a mi única hija como rehén, mirando por nuestro país. Hagámoslo pronto para concluir el tratado.

Parten los embajadores, despojados de sus espadas, y transmiten al enemigo lo que el rey les había ordenado; piden que cesen los saqueos. Atila, el caudillo, los recibió benévolamente, como tenía por costumbre, y les dijo:

—Más deseo alianzas que hacer la guerra por doquier. Los Hunos prefieren reinar en paz, pero no dudan en aplastar, aun forzando su talante, a los que se muestran rebeldes. Que venga vuestro rey y estrecharé la diestra que me tiende.

Salió a su encuentro luego Heririco con innumerables tesoros, y concertó el pacto, y dejó a su hija como rehén. Marchó, pues, al destierro la gema más preciosa de sus padres.

Concluida la paz y establecido el tributo, Atila condujo su ejército hacia Occidente. Reinaba entonces sobre los Aquitanos Alfere, y cuentan que tenía un retoño de sexo masculino llamado Valtario, que se hallaba en la flor de su primera edad. Los reyes Heririco y Alfere se habían comprometido mediante juramento mutuo a unir en matrimonio a sus hijos, cuando les llegara el tiempo de casarse. Tan pronto como Alfere supo que las antedichas regiones habían sido sometidas, comenzó a temblar de miedo, pues no abrigaba esperanzas de poder defenderse con esforzadas armas.

—¿Por qué dudamos —dijo— si no podemos presentarles batalla? Burgundia y Francia nos señalan el camino a seguir. Nadie podrá reprocharnos que obremos como ellas. Voy a enviar embajadores con órdenes de concertar una alianza; estoy dispuesto a entregar como rehén a mi querido hijo y a pagar a los Hunos el tributo que pidan.

Mas ¿por qué detenerme? Las palabras se vieron confirmadas por los hechos. Y

así los Avaros, cargados de tesoros, con Haganón, la niña Hildegunda y Valtario como rehenes, volvieron a su patria con los corazones alegres.



DE REGRESO EN PANONIA y en su corte, Atila colmó de atenciones a los jóvenes desterrados y ordenó que los educaran como si fuesen hijos suyos. Confía a la doncella a los cuidados de la reina y manda que los dos muchachos se encuentren siempre ante su vista, ejercitándolos en todo género de artes, especialmente en los juegos que más útiles son en tiempo de guerra. Crecieron ellos a la vez en sabiduría y edad venciendo en robustez a los fuertes y en inteligencia a los sabios, hasta el punto de que llegaron a superar en valor a todos los Hunos. Atila los nombró capitanes de su ejército, y se lo merecían, pues en tiempo de guerra obtenían gran gloria con sus insignes triunfos; y por esta razón los amaba tanto el rey a ambos. También la doncella cautiva logró, con la ayuda del supremo Dios, captarse la benevolencia y granjearse el cariño de la reina, tanto por su destreza en las labores propias de su sexo como por lo exquisito de sus modales; se le confía la custodia de todos los tesoros, y poco falta, en fin, para que reine también ella, pues hacía y deshacía a su antojo.

Entretanto fallece Gibicón; Guntario sucede a su padre en el gobierno de los Francos y revoca en seguida la alianza con los Hunos, negándose a pagar el tributo pactado. En cuanto el desterrado Haganón lo supo, se dio a la fuga durante la noche y voló a la corte de su señor. Valtario, sin embargo, continuó al frente de los Hunos en las batallas, y adondequiera que fuese el éxito lo acompañaba.

Considerando la fuga de Haganón, Óspirin, la esposa del rey, aconsejó así a su señor:

—De vuestro regio talento espero que adopte las medidas necesarias para que vuestro imperio no se vea privado de la columna en la que descansa, esto es, para que no os abandone vuestro amigo Valtario, en quien reside la principal fuerza de este reino; pues temo que huya, siguiendo el ejemplo de Haganón. Por ello os ruego que toméis en consideración lo que voy a recomendaros; cuando se presente ante vos, decidle estas palabras: «Muchas fatigas has tenido que soportar a nuestro servicio, pero quiero que sepas qué gozas de nuestro favor por encima de todos nuestros amigos. Y voy a demostrártelo con actos mejor que con palabras: elige esposa entre las hijas de los notables de Panonia y no te detengas a considerar tu actual miseria. Te haré muy rico en casas y posesiones, de manera que quien te dé a su hija por esposa no se avergüence de habértela entregado.» Si así lo hacéis, tened por seguro que no os

abandonará.

Plugo al rey tal consejo y se dispuso a ponerlo en práctica en seguida.

Llega Valtario, y el rey le repite lo que Óspirin le dijo, invitándolo a tomar esposa; pero el joven, que tiene ya pensado lo que va a hacer después, responde de este modo a las sugerencias de Atila:

—Muy indulgente demostráis ser concediendo valor a mis modestos servicios, pues nunca merecieron la estima que les otorgáis. Pero os ruego que comprendáis la respuesta de un siervo fiel: si tomase mujer siguiendo vuestras recomendaciones, descuidaría con frecuencia el servicio del rey, retenido como estaría por los cuidados y el amor de mi esposa; me vería obligado a construir casas y a cultivar la tierra, lo que me alejaría de los ojos de mi señor, y no podría dedicar los esfuerzos habituales en pro del reino de los Hunos. Además, el que ha probado los placeres domésticos no se acostumbra luego a soportar duros trabajos. Nada hay tan grato para mí como permanecer siempre fiel en obsequio de mi señor. Por ello os ruego me permitáis que mi vida transcurra por ahora libre del vínculo matrimonial. Si a medianoche o de madrugada me mandáis algo, sea lo que sea, me hallaréis siempre listo para cumplir vuestras órdenes, y durante la guerra no podrán inducirme a retroceder ni a escapar los cuidados propios de quien tiene hijos o esposa. Por vuestra vida os ruego, óptimo padre, y por el hasta hoy invicto pueblo de Panonia, que no me obliguéis a empuñar la antorcha nupcial.

Persuadido por esas súplicas, el rey renuncia a su designio, confiando en que Valtario no se dará nunca a la fuga.

Entretanto llegó a los oídos del monarca la noticia segura de que un pueblo, poco ha sometido, se había rebelado y estaba listo para presentar batalla a los Hunos.

El mando de la expedición le fue encomendado a Valtario. Pasa éste revista al ejército alineado y, luego, fortalece el corazón de sus guerreros exhortándolos a tener siempre presentes en la memoria las victorias pretéritas y pronosticándoles que derrotarán a esos rebeldes con su acostumbrado valor e impondrán el terror en tierra extranjera.

Acaba de ponerse en marcha y lo sigue todo el ejército. Después de haber estudiado a conciencia el teatro de la batalla, dispuso ordenadamente sus tropas sobre una dilatada planicie. Ya se encuentran unos y otros a la distancia de un tiro de venablo, preparados para el combate. Surge entonces de todos partes un inmenso clamor que el viento difunde, y se mezcla con él la voz horrisona de las trompetas, y las lanzas vuelan de aquí y de allá oscureciendo el cielo. El dardo de fresno y el de madera de cerezo se confunden en uno y brillan sus puntas en el aire como si fuesen rayos. Con la misma densidad con que la nieve cae cuando sopla el cierzo, así descenden las crueles flechas sobre uno y otro bando. Después, al agotarse las armas arrojadas, empuñan todos las espadas, desenvainando las fulmíneas hojas y abrazando los escudos. Chocan, en fin, las filas y se renueva la batalla. Quiébranse pechos contra pechos de caballos en el encuentro y muchos combatientes sucumben

en el duro topar de los escudos. Valtario, por su parte, derrocha furia en medio de sus líneas, segando la vida de quien le sale al paso y abriéndose camino con la espada. Los enemigos, al verlo sembrar tanta matanza, estaban aterrorizados, como si en él se hubiese materializado la propia muerte, y adondequiera que se dirigía, ya a la derecha, ya a la izquierda, huían todos de él a rienda suelta, con los escudos a la espalda. Entonces, imitando a su caudillo, el imponente ejército de Panonia ataca con fiereza e incrementa la mortandad a fuerza de coraje, abatiendo a cuantos oponen resistencia y aniquilando a los fugitivos, hasta obtener un triunfo completo en la batalla. Acto seguido, se arrojan sobre los cadáveres y los despojan por entero. Finalmente Valtario hace sonar el cóncavo cuerno para reunir a sus hombres y es el primero en coronarse la frente con la festiva fronda, ciñéndose las sienes en presencia de todos con el victorioso laurel; tras él lo hacen los portaestandartes y, después de ellos, el resto de los combatientes. Todos regresan adornados con la corona triunfal y, al llegar a la patria, cada uno vuelve a su casa mientras Valtario, presuroso, se dirige al palacio real.

LOS SERVIDORES PALATINOS acuden corriendo desde la fortaleza y, alegres de volver a ver a su héroe, sujetan la brida del caballo hasta que Valtario desciende de la alta silla. Le preguntan si las cosas han ido bien. Él, brevemente, les responde y, sin más, entra en el palacio, pues se encuentra muy fatigado, y se encamina a las habitaciones del rey. Tropieza allí con Hildegunda, que está sola y sentada. Tras abrazarla y besarla tiernamente, le dice:

—Tráeme en seguida algo de beber. Estoy extenuado.

Ella al punto llenó de vino un precioso cáliz y se lo ofreció al héroe, quien, santiguándose, lo tomó y, al tomarlo, apretó con su mano la mano de la doncella; Hildegunda se quedó allí, en silencio, mirándolo a los ojos. Bebe Valtario y devuelve la copa, vacía, a la doncella —ambos sabían que se había concertado su matrimonio—, y, dirigiéndose a su amada, le dice:

—Hace ya mucho tiempo que los dos soportamos este destierro, sin ignorar lo que nuestros padres decidieron acerca de nuestro futuro. ¿Vamos a seguir silenciando nuestros sentimientos?

La doncella, pensando que su prometido no hablaba en serio, permaneció callada un rato y después dijo:

—¿Por qué con engañosas palabras propones lo que en tu fuero interno repudias? ¿Por qué dices con la boca lo que tu corazón no siente, como si fuese una ignominia contraer matrimonio conmigo?

El discreto joven respondió:

—¡Lejos de mí semejante engaño! Esfuérzate por penetrar en el sentido de mis palabras. Puedes creer que no ha habido en ellas falsedad ni simulación. Nadie hay aquí a excepción de nosotros dos. Si supiese que tienes el ánimo en disposición de escucharme y que no dudarías en secundar fielmente mis planes, me gustaría revelarte todos los secretos de mi corazón.

Entonces la doncella cayó de hinojos ante el héroe y le dijo:

—¡Mi señor, te seguiré gustosa adonde me ordenes ir, sin anteponer nada a tus designios!

Contestó él:

—Me desagrada nuestro destierro y pienso con frecuencia en la patria lejana. Mi intención es emprender la huida en secreto cuanto antes. Hubiera podido fugarme

hace muchos días, pero me dolía dejar aquí sola a Hildegunda.

La doncellita pronunció entonces estas palabras, surgidas de lo más profundo de su corazón:

—Tu voluntad es la mía y me consumo en los mismos deseos que tú. Mándeme mi señor, que estoy dispuesta con toda mi alma a afrontar por su amor cualquier cosa, sea favorable o adversa».

Valtario le dice al oído:

—El poder público te confió la custodia del tesoro; graba bien en tu mente lo que voy a decirte. En primer lugar apodérate del yelmo y de la coraza del rey: me refiero a la loriga de tres lizos que lleva la marca del artífice. Consigue luego dos arcas de tamaño mediano y llénalas de broches panonios hasta que a duras penas seas capaz de levantar una de ellas a la altura del pecho. Hazte después con cuatro pares de zapatos de uso corriente para mí y con otros tantos para ti, y mételos en los cofres, de manera que queden repletos hasta el borde. Debes lograr también, sin llamar la atención, que los herreros te proporcionen anzuelos curvos, pues nuestras únicas provisiones de viaje consistirán en los peces y pájaros que pueda yo pescar o cazar a lo largo del camino. Procura que todo esté preparado en el espacio de una semana. Has oído ya todo lo que necesitamos para viajar. Te diré ahora cómo nos las ingeniaremos para salir de aquí. Después que Febo haya completado su séptimo giro, celebraré con enorme dispendio un alegre festín al que acudirán como invitados el rey, la reina, los príncipes, los capitanes y la tropa, y emplearé toda mi astucia en emborracharlos, de forma que ninguno de ellos repare en lo que nos proponemos llevar a cabo. Tú, por tu parte, bebe en estos días con moderación y límitate en la mesa a apagar apenas la sed. Cuando los demás se levanten, ve realizando las labores que te he encargado. Y tan pronto como la fuerza del vino los haya derrotado a todos, tú y yo emprendemos veloz huida hacia occidente.

La doncella no olvidó cumplir las órdenes de su señor. Y he aquí que llegó el día establecido para el banquete. El propio Valtario eligió los manjares sin considerar gastos. Reinaba la abundancia en la opulenta mesa. Entonces entra el rey en el salón del trono, totalmente rodeado de colgaduras. El magnánimo héroe lo saluda, según la costumbre, y lo acompaña hasta el trono, que está guarnecido de finísimo lino y de púrpura. Toma asiento el monarca y ordena que a su lado, a derecha e izquierda, se sitúen dos de sus capitanes; a los demás es el senescal quien los coloca. Cien asientos ocupan los invitados, que sudan copiosamente mientras devoran las diferentes viandas. Nuevos manjares sustituyen a los ya consumidos, y asciende una exquisita mezcla de aromas desde las fuentes de oro —de oro puro es la vajilla que reposa sobre los manteles de lino—, y un aromático Baco centellea en las copas. El aspecto y dulzura de la bebida incita a apurar las cráteras. Incansable, Valtario anima a todos a comer y beber. Después que fue expulsada el hambre y quitaron la mesa, el héroe, dirigiéndose alegremente al rey, le dice:

—Majestad, os ruego que tengáis la merced de brindar, vos primero, a la salud de

todos los presentes.

Y, al mismo tiempo, le ofrece una artística copa en la que están grabadas las hazañas de sus mayores.

Atila la recibe y apura su contenido de un solo trago; al punto ordena que todos los demás lo imiten. Van y vienen los coperos trayendo copas llenas y retirando las vacías. Los comensales beben a porfía, animados por Valtario y el rey. Una hirviente embriaguez se enseñorea de la sala, y de las bocas húmedas brotan, atropelladas, las palabras. Vieras allí a robustos héroes tambalearse y no tenerse en pie. Hasta altas horas de la noche prolonga Valtario la bacanal, reteniendo a quienes hubieron deseado marcharse. Y, al fin, vencidos por el poder de la bebida y por el sueño, los invitados van cayéndose todos aquí y allá, a lo largo de los pasillos. Nadie hay capaz de darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor; aunque arda el palacio por los cuatro costados.

Finalmente Valtario llama a su lado a su amada y le ordena que traiga las cosas ya dispuestas. Entretanto él saca del establo a su victorioso corcel, al cual a causa de su fuerza ha puesto por nombre León. Allí está el noble bruto, tascando el freno y arrojando espuma por la boca. El héroe le pone los arreos; luego le cuelga a cada flanco los dos cofres repletos de tesoros. Lo carga, además, con algunas vituallas, pues será largo el viaje, y encomienda las movedizas riendas a la diestra de la doncella. En cuanto a él, se reviste de la loriga como un coloso, se coloca sobre la cabeza el yelmo de rojo penacho y se ajusta las grebas a las potentes piernas. Después se ciñe una espada de doble filo al costado izquierdo y, según es costumbre en Panonia, otra al derecho, pero ésta que no hiera al contrario más que por una parte. Entonces, empuñando la lanza con la diestra y abrazando el escudo con la siniestra, se apresura a salir de aquella odiosa tierra. El caballo que lleva el tesoro lo conduce la hembra, que tiene una vara de madera de avellano en las manos: es la caña que el pescador echa con el anzuelo al agua, deseoso de que el pez muerda el cebo que hay en el anzuelo. Va el héroe protegido por doquier por sus pesadas armas, listo en todo momento para afrontar la lucha. Avanzan presurosos durante toda la noche; pero, cuando el bermejo Febo envía sus primeras luces a la tierra, optan por ocultarse en los bosques y buscan las espesuras. El miedo los atormentaba incluso en los lugares más seguros. Tan recelosa está la doncella que, a cada susurro del viento, a cada vuelo de pájaro, a cada crujido de rama, le salta el corazón dentro del pecho, y se estremece llena de terror. Pero la incitan a continuar el odio al país del destierro y el amor por la patria lejana. Evitan las aldeas y rehúyen los campos cultivados; viajan a través de montañas salvajes y de sendas tortuosas, lejos de los caminos frecuentados, temerosos siempre de que puedan darles alcance.

El vino y el sueño envolvieron en profundo silencio a los habitantes de la ciudad hasta el mediodía siguiente. Al despertar, todos buscan al héroe para darle las gracias y presentarle sus respetos. Atila sale de su tálamo cogiéndose la cabeza con ambas manos y llama entre lamentos a Valtario para quejarse de lo mal que se encuentra.

Los criados le dicen que no saben dónde puede estar, y el rey piensa que su anfitrión duerme aún tranquilamente en algún reservado destinado al efecto. Cuando Óspirin se da cuenta de que tampoco está Hildegunda, pues no ha venido a traerle los vestidos como de costumbre, se dirige al sátrapa llena de tristeza, prorrumpiendo en grandes gemidos:

—¡Malditos sean los manjares que tomamos ayer! ¡Maldito el vino que ha echado a perder el reino de Panonia! Lo que vaticiné hace tiempo a mi señor se ha cumplido hoy, y no podremos olvidar este día nunca. Se ha derrumbado la columna sobre la que reposaba vuestro imperio; la fuerza y el glorioso valor nos han abandonado. Ha huido Valtario, la luz de Panonia, llevándose consigo a Hildegunda, mi queridísima alumna.

Ya arde en formidable cólera el fiero príncipe. Una profunda pena sustituye a la alegría en su corazón. Rasga violentamente su manto desde los hombros hasta los pies, mientras los pensamientos más sombríos se agitan en su espíritu. Como la arena sufre los embates de los torbellinos de Éolo, así se arremolinan en el pecho del rey los más amargos sentimientos. Los distintos estados de ánimo se reflejan en su rostro, exteriorizando lo que en su interior lo atormenta, y la ira no le deja articular palabra. Todo el día lo pasa sin comer ni beber, y la preocupación le impide dar descanso a sus miembros un solo instante. Cuando la negra noche arranca los colores a las cosas, se desploma rendido en el lecho, pero no consigue cerrar los ojos y da vueltas y vueltas sobre el lado derecho e izquierdo de la yacija. Como si un dardo bien afilado le hubiera traspasado el pecho, se contrae convulsivamente, girando la cabeza aquí y allá, y se yergue, fuera de sí, sentándose en la cama. Tampoco esto le sirve de ayuda. Entonces se levanta y deambula por la ciudad, pero pronto vuelve a su alcoba y pronto la abandona de nuevo. En esas idas y venidas, Atila permanece insomne toda la noche. Entretanto los fugitivos, al amparo de la oscuridad, se apresuran a dejar atrás la odiada tierra de los Hunos.

Al despuntar el alba, el rey convocó a sus barones y les dijo:

—¡Ah, si alguno de vosotros me trajese aquí al prófugo Valtario, cargado de cadenas como un dañino perro lobo! A ése yo lo vestiría de oro finísimo, le regalaría tierras de las cuatro partes del reino y pondría tesoros a su paso durante el resto de su vida.

Pero nadie hay en un país tan grande, ni príncipe, ni duque, ni conde, ni caballero, ni menestral, que, aun deseando demostrar su propio valor y conseguir fama inmortal derrochando coraje, y ambicionando al mismo tiempo llenar de oro su bolsa, nadie hay capaz de perseguir a Valtario con las armas en la mano y arriesgarse a pelear con él cara a cara. Bien conocido es su valor; bien saben todos cuánta destrucción ha sembrado, sin recibir a cambio ni una sola herida en su carrera de victorias. Por eso el rey no puede persuadir a ninguno de sus hombres a que a tan alto precio obtenga las riquezas prometidas.

IV

EL FUGITIVO VALTARIO —como ya he dicho— caminaba de noche, y de día, adentrándose en lo más espeso de los bosques, atraía con maña a los pájaros y con maña los capturaba, cazándolos unas veces con liga y otras con horquillas de madera. Y cuando llegaba a un lugar por donde fluían ríos serpenteantes, arrojaba el anzuelo al agua, arrebatando al río la presa. De este modo, y sin escatimar esfuerzos, conseguía ahuyentar el tormento del hambre. Y durante todo el tiempo que duró la fuga, se abstuvo de trato carnal con la doncella el héroe digno de alabanza, el valiente Valtario.

Cuarenta veces ha completado el sol su giro desde que abandonó la corte de Panonia. Ese mismo día, cuadragésimo de la serie, llega al anochecer a orillas del Rin, allí por donde el río encamina su caudal hacia la ciudad de Worms, espléndida sede real. Con los peces que lleva en las alforjas paga Valtario el pasaje al barquero y, una vez en la otra ribera, prosigue velozmente su camino.

Apenas había disipado el nuevo día las negras tinieblas, cuando el barquero se dirigió a la ciudad antes mencionada y llevó al cocinero mayor del rey los peces que le había dado el viajero. Una vez cocinados, se los presentaron al rey Guntario, quien se quedó estupefacto al verlos y dijo desde su alto sitio:

—Jamás se han visto en Francia peces de esta especie. Pienso que deben proceder de un país extranjero. Dime inmediatamente quién te los ha proporcionado.

El cocinero respondió que se los había dado un barquero, y el rey ordenó que condujesen a aquel hombre a su presencia. Una vez llegado el barquero e interrogado acerca del asunto, expuso pormenorizadamente lo sucedido:

—Ayer por la tarde me encontraba yo a orillas del Rin cuando vi que a buen paso se acercaba un caminante armado como un guerrero antes de la batalla. Estaba, ¡oh rey glorioso!, totalmente cubierto de bronce; avanzaba con el escudo embrazado y empuñando una resplandeciente lanza. Su aspecto era el de un fuerte paladín y, aunque llevaba encima un peso formidable, su marcha era ligera y desenvuelta. Lo seguía de cerca, tanto que con el pie rozaba su pie, una joven de extraordinaria belleza, sujetando la brida de un robusto caballo que llevaba en el lomo dos arcas de tamaño considerable. Sacudió la cabeza el noble bruto, levantando a la vez, dobladas, las soberbias patas delanteras, y de las arcas surgió un sonido como de oro y piedras preciosas entrechocándose. Ya en la ribera, el héroe me pagó el pasaje con estos

peces.

Al oír Haganón estas palabras —estaba sentado a la mesa—, exclamó lleno de alegría:

—¡Alegraos conmigo, porque sé quién es ese hombre! Mi compañero Valtario ha regresado del país de los Hunos.

Jubiloso ante tal explicación, el rey Guntario grita, y toda la corte lo aclama:

—¡Alegraos conmigo, porque he vivido lo bastante para ver esto! El tesoro que Gibicón tuvo otrora que enviar al rey del Oriente, ahora el Todopoderoso me lo ha vuelto a traer a mi reino.

Dicho esto, apartó la mesa con un pie, se levantó y mandó que le trajeran su caballo con la tallada silla de montar puesta. Entonces escogió de toda la tropa a doce bravos guerreros, famosos por su fuerza y por su coraje. Entre ellos estaba Haganón, quien, recordando la fe jurada a su compañero Valtario, intentó en vano disuadir a su señor de semejante empresa. Pero el rey persistió en sus planes, apremiando así a sus campeones:

—No os tardéis, mis valientes. Ceñíos la espada a vuestros recios talles y ajustaos la escamosa coraza al pecho. ¿Acaso es justo que ese hombre sustraiga tan valioso tesoro a los Francos?

Y, completamente armados —era el rey quien los aguijaba—, salieron en tu busca, Valtario, con ánimo de arrebatarle, como a un cobarde, tus riquezas. De mil maneras trató Haganón de impedir la marcha, pero el rey, funestamente, no quiso avenirse a razones ni renunciar a sus designios.

Entretanto el magnánimo héroe se alejaba del río y penetraba en la espesura de unos montes que ya entonces se llamaban Vosgos: una floresta inmensa, refugio de innumerables fieras, acostumbrada al eco de los trompas y de los perros de los cazadores. Dos cumbres vecinas se alzaban en aquel paraje; entre ambas existía una amena, aunque angosta, gruta silvestre, no excavada en la tierra, sino formada por yuxtaposición de rocas. Se diría pensada para dar cobijo a sanguinarios ladrones. Alrededor el suelo estaba tapizado de verdura. Apenas vio la cueva, dijo el joven:

—Aquí, entremos aquí. Es un lugar idóneo para acampar y dar reposo a nuestros agotados cuerpos.

Desde que huyó del país de los Ávaros no había podido dormir más que apoyado en el escudo y con los ojos entreabiertos. Ahora por fin puede despojarse de las pesadas armas y abandonarse en el regazo de la doncella, a la que dice:

—Vigila atentamente, Hildegunda, y, si ves levantarse una nube de polvo en lontananza, házmelo saber mediante un leve roce, para que vuelva a ponerme en pie. Y aunque la tropa que veas avanzar sea muy numerosa, procura no despertarme bruscamente, querida mía. Desde aquí tu mirada abarca una gran extensión de terreno. No dejes de advertirme del menor movimiento que percibas.

Dijo, y se le cerraron los ojos, y por fin disfrutó del sueño, tan largamente deseado.

Cuando Guntario descubrió las huellas del fugitivo, espoleó cruelmente a su caballo y, exultando vanamente en su corazón, gritó a sus hombres:

—Apresuraos, valientes. Pronto le daremos alcance. Ya no puede escapársenos. Tendrá que devolvernos el tesoro robado.

El glorioso Haganón le dirigió a su vez estas palabras:

—¡Oh fortísimo rey! Una cosa tan sólo voy a decirte: si hubieras visto, como yo, a Valtario en el campo de batalla; si lo hubieras visto, como yo, arder de furia en medio de la matanza, estoy seguro de que no pensarías que es tan fácil arrebatarle el tesoro. Yo lo vi conducir los ejércitos de Panonia en campañas guerreras contra pueblos del Norte o países meridionales. Era siempre Valtario quien, resplandeciente de coraje, infundía terror en el enemigo y admiración en las filas propias. El que se enfrentaba con él veía sin tardanza el Tártaro. Puedes creerme, ¡oh rey!, y vosotros, camaradas, porque he sido testigo de su fuerza al enderezar el escudo y del ímpetu sin igual con que arroja la lanza.

Pero Guntario, obcecado, se mantuvo en su decisión. Ya estaban cerca de la gruta.

Aguzando la vista desde lo alto de la montaña, Hildegunda ve alzarse una gran polvareda y distingue jinetes en lontananza. Con toque ligero despierta a Valtario, quien, levantando la cabeza, inquiere si alguien se aproxima. Ella le responde que una pequeña tropa se acerca velozmente desde lejos.

Liberando sus ojos de las tinieblas del sueño, el héroe reviste de hierro sus arrecidos miembros, coge el pesado escudo y la lanza y, franqueando de un salto el umbral de la cueva, corta el aire vacío con sus armas. De este modo se prepara para el combate, que se anuncia duro y amargo. Cuando la mujer ve que se aproximan más y más las brillantes lanzas, dice, embargada por el terror:

—¡Son los Hunos!

Y triste se desploma, mientras añade:

—Mi señor, te suplico que me cortes el cuello con tu espada. Que, si no he sido digna de que nuestro pacto matrimonial se consume, no estoy dispuesta a ser de otro hombre.

Responde el joven:

—¿Mancharme yo con tu sangre inocente? ¿Cómo podría esta espada derribar a mis enemigos si no respetara la vida de amiga tan leal? ¡Lejos de mí atender a tus ruegos! Que el terror abandone tu alma. Aquel que me ha librado hasta hoy de tantos peligros no dudo de que me ayudará también ahora a confundir a nuestros adversarios.

Dicho esto, alza la vista y continúa:

—No son los Ávaros quienes se acercan, sino esos fanfarrones de los Francos, que habitan este país.

Reconoce entonces el yelmo de Haganón y, sonriendo, dice

—Viene con ellos Haganón, mi viejo amigo y compañero.

Acto seguido, el héroe se situó en la entrada de la gruta y, volviéndose hacia la

mujer, que estaba en el interior, le dijo:

—Aquí, en la entrada de la cueva, pronuncio este soberbio juramento: a su regreso, ninguno de esos Francos podrá jactarse impunemente ante su esposa de habernos arrebatado un ápice de tan rico tesoro.

Apenas hubo dicho esto, cayó en tierra, pidiendo perdón por el juramento. Volvió luego a ponerse en pie y miró con cautela a sus enemigos:

—De los que veo no temo a ninguno, excepción hecha de Haganón, que conoce mi manera de combatir y es muy hábil y diestro con las armas. Si con la ayuda de Dios consigo darle adecuada réplica, ten por seguro, Hildegunda, novia mía, que saldré sano y salvo de esta batalla.

Cuando vio Haganón a Valtario, así apostado en la entrada de la cueva, se dirigió a su arrogante rey con estas palabras:

—Señor, no ataques sin más a ese hombre. Envía primero mensajeros que se informen acerca de su linaje y de su patria, que averigüen su nombre y de dónde viene, que le ofrezcan la paz sin derramamiento de sangre a cambio del tesoro. Por sus respuestas sabremos quién es, y, si es Valtario, tal vez se someta a la dignidad de un monarca como tú, pues prudencia no le falta.

El rey mandó ir a un guerrero llamado Camalón, a quien la ilustre Francia había enviado a la ciudad de Metz como gobernador y que había llegado con ricos dones a la corte un día antes de que el soberano se enterase de todo esto. A rienda suelta vuela y, semejante al rápido Euro, atraviesa pronto el espacio que lo separa del joven, que lo aguarda a pie firme, y le espeta:

—Hombre, dime, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde te diriges?

El magnánimo héroe le responde:

—Antes quiero saber si has venido aquí por tu propia voluntad o si ha sido otro quien te ha enviado.

Contesta entonces Camalón con tono altanero:

—Ha sido Guntario, el poderoso rey de este país, quien me ha enviado a informarme de todo lo relativo a ti.

Oída la demanda del mensajero, el muchacho dijo:

—En verdad que no alcanzo a comprender su interés en tener noticias de un simple transeúnte, pero no me da miedo dártelas. Me llamo Valtario; nací en Aquitania. De niño, mi padre me entregó como rehén a los Hunos, entre los que viví y a los que ahora he abandonado, deseoso de volver a ver mi patria y a mi querido pueblo.

El mensajero respondió:

—El héroe a quien acabo de referirme ordena que le entregues el caballo con las arcas y a la doncella. Si así lo haces, te otorgará libertad y vida.

La firme respuesta de Valtario no se hizo esperar:

—Creo que nunca he oído a un hombre juicioso hablar de una manera tan estúpida. De modo que me hablas de no sé qué rey que concede algo que no tiene ni

quizá tendrá nunca. ¿Acaso es Dios, puesto que así dispone de mi vida? ¿Me tiene por ventura en sus manos? ¿Me ha encerrado en una de sus prisiones o me ha atado las manos a la espalda? No obstante, escucha: si me ahorra la batalla —pues veo que ha venido armado, con intención de pelear—, le daré cien brazaletes de áureo metal, para honrar su título de rey.

Oída esta respuesta, el mensajero regresa con sus príncipes y les da cumplida cuenta de lo sucedido.

Dice entonces Haganón a su rey:

—Acepta el tesoro que te ofrece. Con él, señor, podrás recompensar a los miembros de tu séquito. Recuerda que todavía no hemos ganado la batalla. No conoces a Valtario, ni la medida de su valor. Según el sueño que he tenido esta misma noche, no nos irán las cosas bien si le presentamos combate. Te he visto luchar con un oso; tras larguísima pugna, la fiera te arrancaba a mordiscos una pierna hasta el muslo; luego se volvía contra mí, que había acudido en tu ayuda con mis armas, y con sus dientes me sacaba un ojo.

Ante la advertencia de su barón, aquel soberbio rey exclama:

—Según veo, eres igual que Hagacio, tu padre. También él escondía bajo el pecho glacial un corazón cobarde, y rehuía la pelea perdiéndose en palabras.

Acto seguido, el héroe se inflama en justa cólera (si es lícito enojarse con el propio señor) y dice:

—La suerte de la batalla depende de vuestras armas. Ahí tenéis a Valtario, frente a vosotros. Todos estáis dispuestos a combatir: no se lo impide el miedo a ninguno. En cuanto a mí, me limitaré a contemplar el combate y renunciaré a los despojos.

Dicho esto, se dirigió a una colina cercana y, bajando de su caballo, se sentó a mirar.



ENTONCES GUNTARIO se dirige a Camalón:

—Vete a decirle que me entregue todo el tesoro. Si vacila —sé que eres fuerte y audaz guerrero—, preséntale batalla, véncelo y consigue el botín por la fuerza.

Avanza, pues, el bravo Camalón, arzobispo metropolitano de Metz, mientras el yelmo resplandece sobre su cabeza y la coraza sobre su pecho. Y desde lejos grita:

—¡Eh, amigo, escúchame! Entrega todo el oro al rey de los Francos, si quieres prolongar tu salud y tu vida!

Se mantuvo un rato en silencio el fortísimo héroe, esperando que se acercase su feroz enemigo. A galope tendido, el mensajero repetía:

—¡Entrega todo el oro al rey de los Francos!

Entonces el prudente joven le dio esta respuesta:

—¿Qué buscas, impertinente? ¿Qué pretendes que entregue? ¿Acaso le he robado al rey Guntario el tesoro que me reclama? ¿Qué beneficio he obtenido de él para que me exija a cambio usura tan grande? ¿Acaso he causado algún daño en mi paso por vuestro país que justifique el que intentes arrebatarme lo que es mío? Si tu pueblo es tan celoso de su territorio que no consiente que lo pise ningún extranjero, estoy dispuesto a comprar el derecho de atravesar el país dándole al rey doscientos brazaletes, para que me conceda la paz y renuncie al combate.

Escuchó Camalón estas palabras con salvaje disposición de ánimo, y dijo:

—Debes aumentar tu regalo y abrir las arcas del tesoro. Pero basta ya de palabras. Dame lo que te pido o perderás la vida.

Dijo, y embrazó el triple escudo y, blandiendo la reluciente lanza, la arrojó con todas sus fuerzas. El joven, prevenido, esquivó el golpe, y la lanza, volando, hirió inútilmente la tierra.

Dice entonces Valtario:

—Sea, si así lo quieres.

Y, al decir esto, arroja él también su lanza, que atraviesa el escudo por el lado izquierdo, y la mano con la que Camalón iba a desenvainar la espada queda clavada al muslo, llegando la punta del arma hasta el lomo del caballo. Al sentirse herida, la bestia se enfurece, agita con violencia las ancas e intenta derribar a su jinete. Y tal vez lo hubiese logrado, de no ser por la lanza que los unía.

Se desprende entretanto Camalón del escudo y, agarrando la lanza con la mano izquierda, se afana en liberar su diestra. Mas se apercibe de ello Valtario, nuestro glorioso héroe, y, acercándose al punto a su rival, lo traba por los pies y le introduce en el pecho su espada hasta la empuñadura, sacando luego la hoja ensangrentada, al igual que la lanza, de la herida. Así cayeron a la vez caballo y caballero.

Era testigo del combate un sobrino de Carnalón, Cimón, el hijo de su hermano, a quien algunos preferían llamar Escaramundo, quien prorrumpió en lágrimas y, llorando, dijo a sus compañeros:

—Éste es un asunto que me concierne a mí más que a ninguno. Vengaré a mi querido amigo o lo acompañaré en su viaje al reino de los muertos.

Lo angosto del lugar obligaba a combatir con Valtario de uno en uno, sin que nadie pudiese recabar ayuda del compañero. Destinado a morir, el infeliz Escaramundo se lanza al ataque, blandiendo dos venablos de ancha punta de hierro. Y, cuando ve a Valtario que lo aguarda a pie firme y sin vestigio alguno de temor en el rostro, le dice, haciendo rechinar los dientes y sacudiendo violentamente las crines de su yelmo:

—¿En qué confías? ¿Qué esperanza te queda? No busco tu tesoro ni nada de lo que posees; sólo quiero la vida de mi pariente muerto.

El héroe le responde:

—Si me demuestras que he sido yo quien ha iniciado la batalla o que merezco por algún motivo la suerte que me deseas, he aquí mi pecho para tu lanza.

No había aún terminado de hablar cuando Escaramundo le arrojó uno de sus venablos y, en seguida, el otro. Esquiva el gloriosísimo héroe el primero de ellos y rechaza con su escudo el segundo. Desenvaina entonces Escaramundo su filosa espada y se precipita sobre el joven con ánimo de partirle la frente; pero el fogoso caballo lo conduce demasiado cerca de su rival, lo que impide que pueda abrir la herida deseada en la cabeza de Valtario, quien recibe el golpe en el yelmo: el choque hace que éste retumbe y que lance chispas al aire. No había hecho volver grupas Escaramundo a su caballo cuando Valtario le clavó la punta de la lanza bajo la barba, derribándolo moribundo de la alta silla. Cortó luego con su propia espada la cabeza de su rival, que imploraba misericordia, e hizo correr la sangre del Franco junto a la de su tío. Cuando el soberbio Guntario vio morir a Escaramundo, exhortó a sus compañeros a que lucharan con renovado furor:

—Ataquémoslo sin concederle el más mínimo respiro, hasta que el cansancio lo venza. Entonces se verá obligado a entregar el tesoro y pagará con la vida la sangre que ha derramado.

El tercero en buscar batalla fue Verinardo, quien, a través de muchas generaciones, descendía de ti, ilustre Pándaro, y cultivaba tu mismo arte. Fuiste tú quien antaño, aguijado por una diosa para romper la tregua, disparaste el primero una flecha en medio de los Aqueos^[7]. Despreciando la lanza, tomó Verinardo arco y aljaba, e intentó abatir a Valtario en desigual combate, con saetas impulsadas desde

lejos. Pero el héroe se mantuvo indemne, oponiendo a las flechas el giro vertiginoso de su escudo o esquivando, prudente, los dardos. Unas veces saltaba, otras se protegía con el escudo; lo cierto es que ninguna de las flechas alcanzó su objetivo. Cuando el Pandárida se dio cuenta de que había agotado sus saetas, montó en cólera, desenvainó al punto la espada y se lanzó al ataque, gritando estas palabras:

—¡Taimado! Si has logrado esquivar mis veloces saetas, estoy seguro de que no podrás eludir el formidable golpe de mi diestra.

Con el semblante risueño, Valtario le responde:

—Hace tiempo que espero un combate en idénticas condiciones y con las mismas armas. Date prisa, que estoy dispuesto a recibirte.

Dice y, con todas sus fuerzas, le arroja la lanza. Detiene ésta su vuelo en el pecho del caballo, que se encabrita, derriba a su jinete y se desploma sobre él. Acude el héroe y arrebató la espada a su adversario. Le quita luego el yelmo de la cabeza y, aferrándolo por los rubios cabellos, responde así a los ruegos del vencido:

—No demuestras ahora la arrogancia de antes.

Y le corta la cabeza, dejando abandonado el tronco.

LA VISIÓN DE LOS TRES CADÁVERES no asusta al demente Guntario. Antes bien, ordena a sus hombres que sigan dirigiéndose a la muerte sin demora. El cuarto en probar suerte es Equifrido, natural de Sajonia, quien, tras matar a un noble en su país, se había desterrado allí. Monta un caballo bayo con pintas. Cuando ve a Valtario dispuesto para el duelo, le pregunta:

—Dime, maldito, ¿tu cuerpo es algo que se puede tocar, o nos engañas con fantasmas hechos de aire? Lo cierto es que me pareces un fauno de los que habitan en las selvas.

Valtario le responde con una alegre carcajada:

—Tu pintoresca manera de hablar revela que perteneces a aquel pueblo a quien Naturaleza concedió la primacía en el arte de la broma. Pero si te acercas más, tanto que pueda tocarte con mi diestra, podrás luego contar a los Sajones que viste en los Vosgos el fantasma de un fauno.

—Quiero saber de qué estás hecho en realidad.

Dijo Equifrido, y arrojó con fuerza su lanza. Vuela el arma impulsada desde la correa, pero el duro escudo la quiebra. Y Valtario responde, al tiempo que arroja la suya:

—Éste es el regalo que te envía el fauno de las selvas. ¡Mira si mi dardo penetra más que el tuyo!

La lanza traspasó el escudo forrado de cuero y, rasgando la túnica, fue a detenerse en el pulmón. Cae muerto el infeliz Equifrido, vomitando un río de sangre: he aquí cómo encuentra la muerte quien intenta huir de ella. Tomó entonces el joven el caballo del vencido y lo envió a pastar al prado que había a sus espaldas.

Pide a Guntario entonces el escudo un quinto guerrero, Hadavardo, de corazón engreído y presuntuoso. Al partir, deja la lanza en custodia a sus compañeros, pues el temerario confía vanamente en que bastará el poder de su espada. Cuando ve que los cuerpos de los muertos impiden el paso a su montura, descabalga y continúa a pie su camino. Valtario lo aguarda completamente armado, a pie firme, alabando en su fuero interno a aquel guerrero que le ofrece un combate en igualdad de condiciones. Hadavardo le dice:

—¡Oh astuto forjador de engaños, maestro de falacias, serpiente, tú que acostumbras a esconder los miembros bajo escamosa coraza, tú que, recogido en

espiral como una culebra, esquivas todos los golpes sin recibir una sola herida y te burlas sin freno hasta de las saetas envenenadas! ¿Piensas acaso que tu astucia va a poder librarte del infalible golpe de mi diestra? No es como los demás el adversario que ahora tienes enfrente. Escucha mi consejo: rinde el pintado escudo; me pertenece como botín: el rey me lo ha prometido; no lo vayas a estropear, pues mis ojos se complacen en él. Y si se da el caso de que seas tú quien me quite la vida, hay aquí tantos camaradas y tantos parientes de sangre que, aunque te conviertas en pájaro y te nazcan alas, nunca permitirán que abandones el campo sano y salvo.

El héroe, sin inmutarse, le responde:

—Prescindo de lo demás; pero quiero defender el escudo. Grandes servicios, créeme, me ha prestado. A menudo se ha opuesto a mis enemigos y ha recibido las heridas que a mí iban destinadas. Cuán útil me ha sido hoy, tú mismo lo has visto: no estarías hablando con Valtario de no existir este escudo. ¡Mano diestra, rechaza con todas tus fuerzas al enemigo, para que no me arrebatase defensa tan segura! ¡Y tú, mano izquierda, agarra firmemente el asa del escudo y dispón en torno a su marfil tus dedos, como si estuviesen pegados con cola! ¡No te desprendas de esa preciada carga que por tantos caminos has llevado, desde el lejano país de los Ávaros!

Replica Hadavardo:

—Mal de tu grado me lo entregarás, si rehúas hacerlo voluntariamente. No sólo perderás el escudo, sino también el caballo, la doncella y el oro. ¡Vas a pagar por fin la deuda de tus crímenes!

Dice, y saca su célebre espada de la vaina. Y ambos guerreros, nacidos en tan distintas partes del mundo, coinciden entre sí en la batalla. Atónitos quedan los Vosgos ante los golpes que intercambian. Los dos están sobrados de ánimo y de pericia con las armas: Hadavardo confía en su espada, Valtario se muestra intratable con la lanza. Ambos se combaten con gran saña y violencia. No causa tanto estrépito el hacha al golpear la negra encina, como el que producen los yelmos y los escudos al entrechocarse. Maravillados están los Francos de que Valtario, el héroe, no demuestre cansancio, pese a que no le han dado tregua ni reposo. Da un salto entonces el de Worms, creyendo poder hacerlo impunemente, y levanta furioso la espada, seguro de que aquel golpe terminaría el duelo. Pero Valtario, previsor, maniobra hábilmente con la lanza y detiene el golpe de su enemigo, obligándolo a soltar la espada, que cae lejos, brillando entre los matorrales. Al verse despojado de su amiga la espada, Hadavardo emprende veloz fuga, buscando refugio entre el ramaje, pero el hijo de Alfere, fiado en la ligereza de sus pies y en el vigor de su juventud, lo persigue diciéndole:

—¿Adónde huyes? ¡Coge ahora el escudo!

Dice, y levanta al punto con ambas manos la lanza, y descarga el golpe. Hadavardo se desploma, y su enorme escudo cae con estrépito sobre él. Insiste el héroe y, pisándole el cuello, le arrebató el escudo y lo clava al suelo con la lanza. Con los ojos en blanco, Hadavardo exhala su último suspiro.



PATAFRIDO FUE EL SEXTO. Una hermana carnal de Haganón lo había dado a luz. Cuando su tío lo vio avanzar, intentó disuadirlo de la empresa con vehementes palabras:

—¿Adónde vas? Mira cómo sonrío la muerte. ¡Desiste! Las Parcas ya devanan tus últimos hilos. Tu mente te engaña, querido sobrino. ¡Renuncia al combate! Tus fuerzas no pueden compararse con las de Valtario.

Pero aquel infeliz desoye tan prudente consejo y sigue adelante, pues arde en sus venas el deseo de obtener gloria. Haganón está triste y, entre largos suspiros que le brotan del pecho, prorrumpe en estas quejas, surgidas de lo más profundo de su corazón:

—¡Oh torbellino del mundo, insaciable apetito de poseer, abismo de la avaricia, entraña de todos los males! ¡Ojalá devorases, cruel, tan sólo el oro y las demás riquezas, y dejases en paz a los hombres! Porque también inflamas a los hombres con tu poder perverso, y ninguno se contenta con lo que tiene. La codicia es quien hace que no teman acudir al encuentro de una muerte afrentosa. Cuanto más tienen, más les consume el ansia de poseer. Quieren apoderarse de lo ajeno por la fuerza o mediante engaños y —lo que es más lamentable y digno de llanto— arrojan al horno del Erebo, para conseguirlo, a almas nacidas en el cielo. Y yo no he sido capaz de detener a mi amado sobrino: ¡tanto lo has aguijado, oh cruel codicia! Corre ciego al encuentro de una muerte nefanda, en pos de una vil gloria que no hará sino sepultarlo entre las sombras. ¡Ah, mi querido sobrino! ¿Qué voy a decirle, desventurado, a tu madre? ¿Quién podrá consolar, querido, a tu recién casada esposa, a la que ni siquiera has dado la alegría de un hijo, esperanza frustrada? ¿Qué locura es ésta? ¿De dónde viene tal desvarío?

Así dice, mientras abundantes lágrimas le inundan el pecho y repite una y otra vez, entre sollozos:

—¡Adiós, hermoso mío!

Aunque desde lejos, Valtario ve que su camarada está triste, y llega a sus oídos el clamor de sus lamentos. Por ello, dice así al jinete que viene a combatir con él:

—Acepta mi consejo, ilustre joven, y resérvate para un mejor destino. Retírate. Te engaña tu ardiente confianza. ¡Mira cuántos cadáveres de héroes! Renuncia al combate. No aumentes el número de mis enemigos muertos.

Responde Patafrido:

—¿Por qué te preocupas de mi muerte, sanguinario tirano? Es hora de luchar, no de hacer sermones.

Dijo, y al punto le arrojó la nudosa lanza. Valtario consiguió desviarla con la suya, y el arma, impulsada con fuerza por el furibundo guerrero, atravesó los aires hasta caer en la gruta, deteniéndose a los pies de la muchacha. Esta, horrorizada, profirió un grito agudo muy femenino; después, cuando la sangre volvió a teñirle el rostro, se asomó recelosa a ver si el héroe continuaba vivo.

Una vez más, el esforzado paladín invitó al Franco a abandonar la lucha. Pero Patafrido, furioso, desenvainó la espada y se precipitó contra él, blandiendo el arma. El hijo de Alfere embrazó el sólido escudo y, haciendo rechinar los dientes al modo de un feroz jabalí, se mantuvo en silencio. Su adversario, con ánimo de herirlo, se lanzó hacia adelante con todo el cuerpo, a fin de golpearlo; pero Valtario bajó la cabeza, cubriéndose con el escudo, y Patafrido falló el golpe, cayendo torpemente al suelo. Hubiera sido el fin, si el héroe no hubiese tenido que ponerse de rodillas para protegerse bajo el escudo. Mientras Valtario se levanta, su enemigo se pone en pie, se cubre presuroso con el escudo y se dispone en vano a proseguir el combate, porque el hijo de Alfere clava en tierra la lanza y lo ataca en seguida con la espada, descargándole un poderoso golpe que hiende el escudo por la mitad, atraviesa la cota de mallas y llega al vientre, dejando al descubierto los intestinos. El infeliz Patafrido cae, mirando atónito sus propias vísceras, y da su cuerpo a las fieras del bosque y su alma al Orco.

Jurando vengar a Patafrido, se adelanta Gervito. A lomos de su fuerte caballo, supera de un salto el obstáculo de los cadáveres que obstruyen el angosto sendero. Apenas ha cortado el paladín el cuello al vencido, cuando Gervito se le viene encima y hace vibrar sobre su cabeza el hacha de doble filo (ese tipo de armas usaban los Francos entonces). Valtario, velozmente, opone el escudo, haciendo vano el golpe. Salta luego hacia atrás, arroja sobre la verde hierba la espada tinta en sangre y torna al duelo con su amiga la lanza.

Hubieras visto qué tremendo es el combate entre ambos héroes. No intercambian palabra mientras luchan con las armas de Marte: tanto absorbe sus mentes la pelea. El uno arde en deseos de vengar a sus compañeros muertos; intenta el otro defender su vida a toda costa y, si la suerte le es favorable, obtener la palma del triunfo. Golpea éste, aquél se defiende; ataca aquél, éste retrocede: suerte y coraje se confunden en el ardor de la batalla. Con su larga lanza Valtario mantiene a distancia a su enemigo, que empuña una lanza más corta. Entonces el Franco hace girar a su caballo, con la intención de sorprender al fatigado hijo de Alfere.

Crece por momentos la ira de Valtario. Desde abajo, levanta con la lanza el escudo de Gervito. El hierro atraviesa el muslo y penetra en la ingle. Cae Gervito de espaldas gritando horriblemente, golpeando el suelo con los pies, maldiciendo su suerte. Valtario le corta la cabeza y deja abandonado el tronco de quien había sido

conde en los campos de Worms.



VIII

LOS FRANCOS COMIENZAN A CUESTIONAR a cuestionar la pelea y ruegan a su señor que renuncie a la lucha. Pero aquel desgraciado, ciego de ira, les dice: —La situación presente, ¡oh guerreros, de cuyo gran valor he recibido tantas pruebas!, no debe suscitar miedo en vosotros, sino cólera. ¿Qué sería de mí, si tuviese que abandonar los Vosgos sin haber obtenido más que ignominia? Convenid conmigo en que es preferible morir a regresar a Worms, después de lo que ha sucedido. ¿Va a regresar ése a su patria victorioso e incólume? Hasta ahora habéis combatido para despojarlo del tesoro; ahora, guerreros, os inflama el designio de vengar la sangre derramada. Que pague con su muerte la muerte que ha sembrado, con su sangre la sangre que ha vertido. ¡Sólo la destrucción de su asesino hará olvidar la muerte de vuestros compañeros!

Con estas palabras el demente enardece los ánimos de sus campeones, y nadie piensa ya en salvar la vida, sino que cada uno se afana en preceder al camarada en su carrera hacia la muerte, como si se tratase de un juego. Pero la senda era tan estrecha —lo dije antes— que no permitía que fuesen más de dos los contendientes. El esclarecido Valtario aprovecha entretanto las vacilaciones de los Francos: se quita el yelmo empenachado y lo cuelga de un árbol, y se enjuga el sudor mientras recobra momentáneamente el aliento.

Mas he aquí que el atlético Randolpho adelanta a caballo a sus compañeros y ataca de improviso a Valtario, golpeándolo debajo del pecho con la lanza de hierro. Y si la coraza, forjada por Wieland^[8], no hubiera detenido el golpe, la lanza hubiese penetrado en las vísceras del héroe.

Desprevenido, Valtario no sabe a qué atenerse, pero pronto recupera el ánimo y opone la defensa del escudo a su adversario. No le da tiempo, empero, a recoger el yelmo del árbol. El Franco, por su parte, desenvaina la espada y, con ella, descarga sobre la cabeza del Aquitano un primer tajo que le arranca dos mechones de pelo, pero no llega a rozar la piel. Insiste Randolpho con un segundo golpe, que Valtario detiene con el escudo, quedando fuertemente clavada la espada en el broquel, tanto que el Franco es incapaz de desclavarla, aun intentándolo con todas sus fuerzas. Entonces el hijo de Alfero se arroja como un rayo sobre él, lo derriba por tierra de un violento empujón, se sienta sobre su pecho y le dice:

—Tú me has cortado el pelo; yo te voy a cortar la cabeza. Así no podrás jactarte

ante tu esposa de mi calvicie. —Dicho esto, degüella a su enemigo, que implora en vano misericordia.

El noveno en luchar es Helmnodo; utiliza como arma un tridente anudado a una triple cuerda que sujetan los compañeros que han quedado atrás. El plan era el siguiente: cuando, arrojado el tridente, éste se clavara en el escudo de Valtario, todos a la vez tirarían de la cuerda, derribando al furioso héroe de la silla. Con esta artimaña juzgan segura la victoria. Depositando todo su vigor en su brazo, Helmnodo se apresura a lanzar el tridente, mientras grita a Valtario:

—¡Éste es el golpe que va a acabar contigo, calvo!

Hendiendo el aire, el arma relampaguea, como ese género de serpientes que se dejan caer desde lo alto de los árboles, con tanto ímpetu que arrollan todos los obstáculos. Mas, ¿por qué me detengo? El tridente corta la superficie del escudo y queda clavado en él. Un grito unánime brota entonces de las gargantas de los Francos, un clamor que resuena en la floresta. Los guerreros se afanan a porfía en tirar de la cuerda; el príncipe no duda en aplicarse a la misma labor. Ríos de sudor fluyen por los miembros de todos, pero sus esfuerzos son vanos, porque el héroe no se mueve ni un ápice, como la encina que hacia las estrellas levanta su ramaje, pero que, al mismo tiempo, ahonda más sus raíces en el Tártaro, desafiando firme e inmóvil el fragor de los vientos.

Como no pueden derribarlo, los Francos, animándose unos a otros, pugnan por arrancarle al menos el escudo, su principal defensa. Creían que, quitándoselo, podrían fácilmente capturarlo vivo. Estos son los nombres de los campeones supervivientes que tiran de la cuerda: el noveno es Eleutiro, también llamado Helmnodo; al décimo lo envía la ciudad de Estrasburgo, y se llama Trogo; Tanasto es el undécimo y viene de la floreciente Espira; el propio rey ocupa el duodécimo lugar, que hubiera correspondido a Haganón.

Los cuatro guerreros se disponen a medir sus fuerzas con las de un solo hombre, a la par que ensordecen el bosque con su griterío.

Esta vana tarea de los Francos encoleriza al hijo de Alfere. Tiempo hace que tiene la cabeza desnuda de yelmo, pero ahora se despoja también del escudo, confiando tan sólo en la espada y en la coraza de bronce. Al primero que ataca es a Eleutiro: le rompe el yelmo sobre el cráneo, desparramándole el cerebro, le corta la cabeza y le abre el pecho, huyendo del herido corazón el soplo y el calor de la vida.

Luego acometió a Trogo, que aún así la funesta cuerda, aturdido ante la muerte de su compañero. Al ver que Valtario se precipita sobre él, el Franco es presa del terror e intenta en vano darse a la fuga y recoger las armas abandonadas (todos habían dejado en tierra lanzas y escudos para tirar de la cuerda), a fin de defenderse de su enemigo. Pero nuestro grandísimo héroe no sólo es más fuerte, sino también más rápido que su rival y, dándole alcance, lo hiere en la pantorrilla, deteniendo su loca carrera, y le arrebató el escudo. Trogo, aunque herido, no pierde el ánimo y, reparando en un grueso pedrusco, lo coge y lo arroja con todas sus fuerzas contra su

rival. La piedra hace añicos el escudo de arriba abajo, pero el forro de cuero mantiene unida la madera quebrada. Obligado a luchar de rodillas, desenvaina Trogo la fuerte espada y, ardiendo en ira, hace temblar el aire con sus golpes. Si no puede demostrar con hazañas su valor, bien lo acredita con el coraje que manifiesta cuando, oyendo ya las risas de los muertos, dice intrépidamente a Valtario:

—¡Ah, si me acompañase en este trance mi inseparable escudo! Es el azar, no tu famoso valor, quien te ha dado la victoria. Me has robado el escudo. Ven ahora por mi espada!

—Ya voy.

Dijo el héroe sonriendo, y de inmediato le cortó de un tajo la diestra que empuñaba la espada. Iba a descargar un segundo tajo que abriese las puertas al alma fugitiva de Trogo, cuando Tanasto, que había recuperado, junto con el rey, las armas, interpuso el escudo, parando el golpe destinado a su camarada. Indignado, Valtario dirige su ira contra su nuevo contrincante y, de un solo golpe, le arranca con la espada un brazo de raíz, lo hiere en el costado y disemina sus vísceras por el suelo. Al caer, Tanasto musita con un hilo de voz:

—¡Adiós!

Y muere. Ni siquiera al ver muerto a su defensor incurre Trogo en ruegos ni en súplicas; antes bien, irrita a su vencedor con ásperas injurias, bien porque su bravura natural así se lo dicta, bien por haber perdido toda esperanza. Dice entonces el hijo de Alferé:

—¡Muere, y ve al Tártaro a contarles a tus compañeros que los has vengado!

Dicho esto, rodea la garganta de Trogo con un collar de sangre. Y los dos camaradas ruedan por el polvo, golpeando al mismo tiempo con los pies el campo ensangrentado.



IX

SUSPIRA EL INFELIZ GUNTARIO ante semejante panorama y, buscando la salvación, monta rápidamente en su caballo, ricamente enjaezado, y vuela junto al triste Haganón. Una vez a su lado, le dirige mil ruegos con ánimo de persuadirlo a que lo acompañe y reemprendan juntos la batalla. Haganón, por su parte, le responde:

—La innoble estirpe de mis mayores me prohíbe combatir: la sangre glacial que corre por mis venas ha borrado en mi mente todo pensamiento de lucha; mi padre se moría de miedo al ver una lanza y rehuía la pelea perdiéndose en palabras. Si has pronunciado, ¡oh rey!, estos insultos ante los miembros de tu séquito, me parece indigno que solicites ayuda de individuos de mi linaje.

Pese al rechazo, el rey sigue intentando convencer a Haganón con insistentes súplicas:

—¡Por los dioses del cielo te ruego que depongas ese furor y expulses de tu ánimo la ira que por mi culpa te inflama! Si conservo la vida y regresamos juntos a casa, cancelaré mi deuda contigo con beneficios innumerables. Después de la muerte de tantos amigos y parientes, ¿no te da vergüenza ocultar tu hombría? Por lo que veo, las palabras te encolerizan más que los nefandos hechos. Más justo sería que guardases tu indignación para el feroz tirano que ha cubierto hoy de infamia, él solo, al caudillo más grande del mundo. No es poco el daño recibido por la matanza de nuestros guerreros, pero un deshonor tal no podrá Francia superarlo jamás. Todos aquellos que nos admiraban nos despreciarán ahora diciendo: «Todo un ejército de Francos ha sucumbido a manos, ¡oh vergüenza!, de un solo hombre, y ni siquiera sabemos quién es.»

Vacilaba aún Haganón, pues sopesaba en su corazón la lealtad jurada tantas veces a Valtario y dudaba del éxito de la batalla tal y como se habían desarrollado los acontecimientos. Por su parte, el infeliz rey no se rendía e insistía en sus ruegos. Vencido al fin por las súplicas de Guntario, Haganón enrojeció de vergüenza en presencia de su señor, pensando que su prestigio y su reputación de héroe se derrumbarían si, en tan difícil situación, se abstuviese de combatir. Rompió, pues, el silencio y, con voz clara y firme, le dijo:

—¿Adónde me llamas, señor? ¿Adónde tengo que seguirte, ilustre príncipe? La lealtad promete al corazón incluso aquello que no puede cumplirse. ¿Cuándo se ha visto un hombre tan estúpido que se arroje de un salto por propia voluntad al abismo?

Sé muy bien que Valtario, temible de por sí en campo abierto, en el lugar y posición que ocupa puede desafiar impunemente a un ejército entero igual que si fuese un hombrecillo aislado. Si Francia hubiera enviado contra él a todos sus infantes y jinetes, hubiese hecho con ellos lo mismo que con ese puñado de guerreros. Mas como veo que te duele más el deshonor que la pérdida de tus hombres y que no quieres abandonar el campo, me asocio a tu propio sentir y pospongo el dolor personal al honor de mi rey. Y heme aquí buscando un camino de salvación que es imposible, o demasiado complicado, encontrar. Te confieso, señor, que por mi querido sobrino no hubiese quebrantado la fe que le debo a Valtario. Por ti, rey, es por quien ahora voy al encuentro de un peligro cierto. No obstante, debes saber que me niego a combatir aquí. Retirémonos, a fin de que salga de su refugio. Dejemos pastar a los caballos en el prado y permanezcamos al acecho hasta que él, pensando que nos hemos ido, abandone la gruta. Cuando pise terreno abierto, caeremos de improviso sobre él por la espalda. Sólo así podremos dar la medida de nuestro valor. En las actuales circunstancias, no veo otra posibilidad. Entonces tendrás ocasión de combatir, si te complace la pelea, pues él, aunque solo, no rehuirá la batalla contra nosotros dos, y tú y yo habremos de huir o batirnos encarnizadamente con él.

Alaba Guntario el consejo, y abraza y besa a Haganón. Parten ambos y pronto encuentran un lugar ideal para una emboscada, y allí se apostan mientras sus caballos pacen en un hermoso prado.



FEBO, ENTRETANTO, SE INCLINABA hacia las riberas del ocaso iluminando con sus últimos rayos la bien conocida Tule^[9], después de haber dejado a sus espaldas a Escotos e Iberos. Cuando el sol hubo calentado las ondas del Océano, la luna dejó ver sus cuernos en los campos de Ausonia^[10]. Fue entonces cuando el sabio guerrero se puso a pensar si sería mejor quedarse a cubierto en la gruta durante el silencio nocturno, o exponerse a vagar por las inmensas y desiertas campiñas. Se debate Valtario entre ambas posibilidades, sopesando, sagaz, las ventajas e inconvenientes de su elección. Tan sólo Haganón lo preocupaba como adversario, y lo habían puesto en guardia contra él el abrazo y el beso que le había dado el rey. Inciertas le parecían las intenciones del enemigo. ¿Habían regresado a Worms, su ciudad, a fin de reclutar más camaradas durante la noche que renovasen al amanecer la terrible pelea? O estaban escondidos en los alrededores con ánimo de tenderle una emboscada? Lo asusta el bosque con sus intrincados senderos, y teme toparse con escabrosos espinares o, peor aún, con fieras salvajes que pongan en peligro la vida de su novia.

Luego de meditar y darle vueltas a todo esto, exclama:

—Pase lo que pase, descansaré en esta gruta hasta que el sol, cumpliendo su giro, nos devuelva la luz del día. No quiero que ese rey soberbio pueda decir que, como un ladrón, me he fugado de su reino al amparo de las sombras.

Dice, y con una cerca de espinas y de zarzas, aquí y allá cortadas por él mismo, ciega la angosta senda. Hecho esto, se dirige al lugar donde yacen los muertos, coloca en cada tronco la correspondiente cabeza y, de rodillas y mirando a Oriente, con la mano en la espada desnuda, eleva esta plegaria:

—Gracias doy al Supremo Hacedor que rige todo acontecer, sin cuyo consentimiento o, mejor dicho, sin cuyo mandato nada sucede, por haberme salvado de las armas inicuas y oprobiosas de mis enemigos. Y con contrito corazón ruego al Señor benigno, ya que quiere destruir el pecado y no a los pecadores, que me conceda la gracia de volver a ver a estos héroes en la morada celeste.

Cuando ha terminado su plegaria, se levanta al instante y reúne los caballos, atándolos con mimbres retorcidos. Tan sólo seis quedaban, ya que dos habían muerto en la lucha y los tres restantes se los había llevado Guntario consigo.

Una vez realizada esta tarea, se despoja del arnés de batalla, aliviando de la

pesada carga su cuerpo humeante y empapado de sudor. Intenta luego consolar con palabras de aliento a su afligida novia; entretanto repone, comiendo, las fuerzas de sus fatigados miembros, pues se encuentra agotado. Se tumba a continuación sobre el escudo, encomendando a la muchacha que vigile durante su primer sueño; que él se encargará de la vigilancia al despuntar el alba, cuando el riesgo sea mayor. Finalmente, se duerme. Sentada a su cabecera, ella veló como solía, cantando en voz baja para que el sueño no cerrase sus ojos. El héroe se despertó aún de noche y, levantándose sin demora, mandó dormir a la muchacha, mientras él cogía la lanza y se apoyaba sobre ella. Ocupó el resto de la vigilia en dar vueltas en torno a los caballos y en permanecer a la escucha junto a la cerca, deseando vivamente que la luz del día volviese a iluminar el mundo.

Entretanto Lucífero, heraldo del día, escalaba el Olimpo anunciando:

—Ya ve el claro sol la isla de Taprobana^[11].

Era la hora en que el gélido Eoo^[12] humedece de rocío la tierra, cuando el joven se dispuso a despojar a los caídos de arneses y de armas, dejándoles tan sólo las túnicas y el resto de las ropas. Tomó, pues, brazaletes, tahalíes tachonados, espadas, yelmos y lorigas. Cargó cuatro caballos con tan rico botín e hizo subir a su prometida en el quinto. Derribó luego la cerca, montó sobre el sexto caballo y se aventuró por la entrada del angosto sendero, escrutando con ojos vigilantes cuanto se ofrecía a su vista y escuchando con oído atento cada sople de aire: un posible susurro, un rumor de pasos, el ruido de las riendas de soberbios jinetes, el sonido de cascos de caballos herrados.

Cuando se ha asegurado de que todo es silencio, envía por delante los caballos cargados con el botín y ordena también a la mujer que lo preceda. Y él, montado en el caballo que lleva las arcas del tesoro y revestido de sus armas habituales, se atreve al fin a emprender la marcha. No había aún recorrido la muchacha un millar de pasos cuando, girando la cabeza hacia atrás —la fragilidad de su sexo la tenía en un continuo sobresalto—, vio a dos guerreros que descendían a galope tendido de la montaña; al punto, pálida de terror, gritó al hombre, que venía detrás:

—Nuestro fin tan sólo se había aplazado! ¡Huye, señor, los tienes encima!

Éste se volvió y, reconociendo a los guerreros, dijo.

—En vano habría derrotado esta diestra mía a tantos enemigos si, al final, en vez de alabanzas, cosechase deshonra. Mejor es recibir una muerte gloriosa, acribillado de heridas, que perderlo todo y conservar la vida en la fuga. Pero nunca debe abandonar las esperanzas de salvarse quien se ha visto en peligros aún mayores que el presente. Tú, Hildegunda, coge las riendas de León, que lleva el oro, y corre a esconderte en ese bosque próximo! En cuanto a mí, prefiero detenerme en la ladera de esta montaña, saludar a los que se acercan y esperar acontecimientos.

La ilustre doncellita obedece, y el héroe abraza velozmente el escudo y blande la lanza, al objeto de ver cómo se porta el nuevo caballo bajo las armas.

Y ÉNDOSE HACIA VALTARIO en compañía de Haganón, el demente monarca le grita desde lejos estas jactanciosas palabras:

—¡Atroz enemigo, es inútil que te esfuerces! Ya no estás en la gruta donde solías ladrar, rechinando los dientes como un perro rabioso. Ahora tienes que combatir en campo abierto, si es que te atreves. Veremos si el final de esta historia se parece al principio. Sé que tienes a sueldo a Fortuna y que, por ello, no consideras la fuga ni la rendición.

El hijo de Alfero no juzga dignas de respuesta las palabras del rey, pero le dice al otro:

—A ti te hablo, Haganón. Detente un instante, te lo ruego. ¿Cómo puede cambiar de repente un amigo tan fiel? Cuando —el hecho es reciente— te despediste de mí antes de escapar de Panonia, a duras penas pude arrancarte de mis brazos. ¿Por qué ahora vienes a mí con las armas en la mano, si en nada te he ofendido? Esperaba, te lo confieso —¡y cómo me he engañado!—, que, al saber que yo regresaba del destierro, hubieras venido a mi encuentro para ofrecerme tu saludo y tu hospitalidad, quisiera yo o no, y me hubieses acompañado después hasta el reino de mi padre. Sólo me preocupaba una cosa: hasta qué punto debía aceptar tus generosos obsequios. Atravesando, durante el viaje, países desconocidos, me decía a mí mismo: «De los Francos nada temo, si está vivo Haganón.» Vuelve en ti, amigo mío, te lo ruego por aquellos juegos infantiles que practicamos juntos en concordia feliz y en los que gastamos los primeros años de nuestra vida, ¿Qué se ha hecho de aquella gloriosa amistad sin tacha que permanecía inmutable tanto en tiempo de paz como de guerra? Sólo con ver tu cara me olvidaba hasta de mi padre y, si tú estabas a mi lado, poco valía mi lejana patria. ¿Vas ahora a expulsar de tu corazón la lealtad mil veces jurada? Te lo suplico, no cometas semejante crimen y no me provoques a combatir. Que la fe que nos dimos se mantenga inviolada siempre. Si consientes en ello, saldrás enriquecido de este trance: haré que tu escudo rebose de resplandeciente metal.

Con semblante ceñudo, que presagia a las claras su ira, le responde Haganón:

—Demuestra primero tu valor, Valtario, y piérdete después en sofismas. Eres tú quien ha quebrantado la fe dada, desde el momento en que me arrebataste tantos queridos compañeros y hasta parientes. No puedes excusarte diciendo que no sabías que yo estaba allí, pues, aunque tenía cubierto el rostro, tuviste que ver mis armas, tan

familiares para ti, e identificar a quien las llevaba. Pero todo lo hubiera soportado si me hubieses ahorrado tan sólo un dolor: tenía yo un sobrino bienamado, tierna flor reluciente, dulce, precioso, a quien quería yo más que a nadie en el mundo; con la hoz de tu espada segaste flor tan delicada. Éste es el hecho que ha anulado el pacto que mutuamente sellamos. Ningún tesoro, por grande que sea, va a devolverme tu amistad. Quiero que mis armas me digan si eres tú el único valiente aquí. De tus manos reclamo la sangre de mi sobrino. O caigo muerto, o realizo una hazaña digna de memoria.

Dicho esto, desciende de un salto del caballo. Guntario hace otro tanto, y el héroe Valtario no se tarda en hacer lo propio, disponiéndose los tres a combatir a pie firme en la pelea que se avecina. Bajo los escudos tiemblan, excitados, los músculos de los seguidores de Marte.

Era la segunda hora del día cuando se inició la batalla entre los tres guerreros, apuntando las armas de dos de ellos contra uno solo. Rota la paz, fue Haganón el primero que, reuniendo todas sus fuerzas, arrojó su lanza asesina. El hijo de Alfere, viendo que no podía esquivar el arma, que con un silbido terrible se le acercaba, le opuso hábilmente en oblicuo la superficie de su escudo. La lanza rebotó en el broquel como en una losa de mármol y, violentamente despedida, se hundió hasta los clavos en la ladera de la montaña. En seguida el soberbio Guntario, con más odio que fuerza, disparó su lanza de fresno, que fue a clavarse en la parte inferior del escudo de Valtario, quien logró desclavarla sin esfuerzo, cayendo en tierra, inofensivo, el hierro.

Entristecidos por el mal augurio, los Francos, trocando en ira el dolor, cierran filas frente a su rival y, cubiertos con sus respectivos escudos, porfían en sus ataques contra el Aquitano. Pero éste se bate con denuedo y, con ayuda de su lanza, los rechaza una y otra vez, asustando a los atacantes con su aspecto feroz y con el poderío de sus armas.

En este punto, al rey Guntario se le ocurre una idea vana: arrimarse furtivamente a su adversario y recobrar la lanza que inútilmente le había arrojado y que, caída en tierra, yacía a los mismísimos pies del héroe. Pero la corta espada que empuñaban los Francos no les permitía aproximarse al Aquitano, que los tenía en jaque con su lanza. Con un guiño de ojos indica el rey a su vasallo que hostigue al enemigo: así, protegido por él, piensa llevar a cabo su propósito.

Avanza Haganón y ataca furioso a su rival, permitiendo al monarca enfundar la espada guarnecida con gemas y liberar su diestra para realizar su designio. ¿Qué diré más? Se agacha Guntario y, alargando la mano, consigue asir su lanza y, cautelosamente, tira de ella hacia sí, pidiendo a la Fortuna más de lo que ésta está dispuesta a concederle. Pues nuestro grandísimo héroe, precavido siempre en la guerra y prudentísimo en todo momento, al ver agacharse a Guntario, comprende lo que se propone y no consiente que se salga con la suya: se desembaraza al punto de Haganón, quien, para evitar un tajo, se ve obligado a retroceder; da un salto hacia adelante y pisa el mango de la lanza que el rey pretendía recuperar. Consternado

Guntario ante aquel imprevisto desenlace, siente que las rodillas le Saquean. Y sin duda Valtario lo hubiera enviado al insaciable Orco si el armipotente Haganón no hubiese interpuesto el escudo en defensa de su señor, dirigiendo contra el hijo de Alfere la hoja desnuda de su temible espada. Así, mientras Valtario se protege del golpe de Haganón, el rey se levanta, pero ha visto la muerte tan de cerca que por un instante se queda entontecido y tembloroso.

No hay tregua ni descanso: la encarnizada lucha continúa. Los dos Francos atacan a Valtario, ya juntos, ya alternativamente. Al ir el héroe a golpear a aquel de los dos que más se adelanta, surge el otro desde detrás y detiene el golpe. La pelea se desarrolla de la misma manera que la caza del oso en Numidia, cuando, rodeado de perros, el feroz animal se yergue, amenazante, con sus terribles garras y, agachando la cabeza, ruge y abraza estrechamente a los canes de Umbría que más cerca tiene, obligándolos a emitir dolorosos aullidos (mientras ladran alrededor, por todas partes, los molosos, que temen acercarse a la fiera); no de otro modo se prolonga la lucha hasta la hora nona. Y, a lo largo de todo el combate, una triple angustia atenaza a los héroes: el terror de la muerte, la fatiga de la pelea y el ardor del sol.

Entretanto un molesto pensamiento ocupa la mente del héroe:

—Si la Fortuna no cambia, éstos terminarán venciéndome a fuerza de engaños.

Y, alzando la voz, dice a Haganón:

—No te faltan hojas, ¡oh espino!, con que aguijonear, y, sin embargo, prefieres hacer esas cabriolas con las que intentas engañarme. Pero voy a hacerte sitio para que puedas acercárteme. ¡Demuestra tu valor, aunque sé que te sobra! Me disgustaría haber tenido que soportar tantos trabajos para nada.

Dicho esto, salta hacia atrás y le arroja la lanza, que se hunde en el escudo, desgarrando un tanto la loriga y hiere superficialmente el gigantesco cuerpo de Haganón, quien por fin aparece en todo el brillo de sus armas, sin escudo que vele su esplendor.

Una vez arrojada la lanza, Valtario desenvaina velozmente la espada y se va contra el rey, rompiéndole la parte derecha del escudo y asestándole un tajo tan asombroso que le corta a cercén una pierna a la altura del muslo, más arriba de la rodilla. Se desploma el rey sobre su escudo, a los pies del vencedor. Por su parte, el guerrero palidece intensamente al ver caer a su señor. Se aprestaba el hijo de Alfere a levantar de nuevo la espada tinta en sangre y descargar el golpe de gracia sobre el caído, cuando el fuerte Haganón, olvidándose de su propio dolor, se inclinó sobre Guntario y opuso al golpe su cabeza cubierta de bronce. No pudo el héroe detener la mano, y el yelmo bien labrado y admirablemente templado de Haganón recibió el golpe, lanzando chispas que se perdieron pronto en lo alto. Estupefacta ante la dureza del casco, la espada se quebró con estrépito, ¡ay, dolor!, en mil pedazos, brillando los fragmentos por el aire y entre la hierba.

Cuando Valtario vio su espada rota, gran cólera sintió y fue presa de furibunda rabia. Fuera de sí, tiró la empuñadura, que, aun desprovista de la hoja, tenía un gran valor por el metal precioso de que estaba hecha y por el arte con que había sido

fabricada, pero el héroe no quería seguir viendo aquellos tristes restos. Y, como adelantase Valtario excesivamente la mano, le fue cercenada por Haganón, cayendo al suelo aquella diestra que había hecho temblar a tantos pueblos, razas y reyes, y que tantos trofeos había conquistado. Ni siquiera en aquella tremenda circunstancia desfalleció el coraje del esforzado paladín, que logró superar los dolores de la carne gracias a la fuerza de su espíritu, y no desesperó ni se arredró. Antes bien, abrazó el escudo con el muñón ensangrentado y, con la mano sana, desenvainó la espada corta que colgaba del lado diestro —como dijimos más arriba— y buscó al punto cruel venganza en su enemigo. De un poderoso tajo, en efecto, arrancó a Haganón el ojo derecho, le rajó la sien, le desprendió los labios de la boca y le rompió seis muelas.



XII

EL COMBATE LLEGA A SU FIN. Heridos y respirando con dificultad, resuelven deponer las armas. ¿Quién puede salir ileso de una pelea en la que dos héroes tan denodados, y tan parejos en fuerzas y en coraje, se enfrentan en furiosa batalla?

La lucha ha terminado. Ésta es la lista de trofeos: allí yace el pie del rey Guntario, aquí la mano de Valtario y, junto a ella, el ojo aún tembloroso de Haganón. ¡Así se repartieron los brazaletes de los Ávaros!

Se sentaron Valtario y Haganón —el rey seguía tendido en tierra— y restañaron con hierbas el torrente de sangre que brotaba de las heridas. Entretanto el hijo de Alferé llama a la medrosa muchacha, y ella acude solícita y venda las llagas de los guerreros.

Cuando ha realizado su tarea, le dice su novio:

—¡Sirvenos ahora vino! Que beba primero Haganón; es un buen guerrero, con tal que mantenga la fe dada. Luego beberé yo, que soy el que más ha trabajado. El último en beber será Guntario, que se ha mostrado falto de energía entre tantos bravos guerreros y ha combatido sin resolución ni vigor.

La hija de Heririco sigue las indicaciones del héroe, pero, cuando ofrece la copa al Franco, éste, pese a la sed que lo devora, dice:

—¡Sirve primero al hijo de Alferé, tu esposo y señor, oh doncella!, puesto que, lo confieso, es más fuerte que yo y, en la batalla, no sólo es superior a mí, sino a cualquier otro guerrero.

Tanto el espinoso Haganón como el mismo Aquitano, infatigables ambos de espíritu, aunque fatigadísimos de cuerpo tras el encarnizado combatir y los tremendos golpes recibidos, entre copa y copa de vino compiten en alegres chanzas. Dice el Franco:

—Amigo, de ahora en adelante irás a cazar ciervos, con cuya piel te harás fabricar guantes sin fin que te sirvan de consuelo. Y te aconsejo que el guante diestro lo rellenes de blanda lana, para engañar con su apariencia a quien no esté al corriente de lo sucedido a tu mano. Pero, ¿qué les vas a decir a los que te pregunten por qué te ciñes la espada al costado derecho, contra lo que es costumbre entre tu gente? ¿Y a tu mujer, cuando desees abrazarla y lo hagas, ay, con el brazo izquierdo, que es el de mal agüero? ¿Para qué continuar? A partir de ahora, todo lo que tengas que hacer le

tocará hacerlo a tu mano izquierda.

Le responde Valtario:

—¡Me maravillo de tu petulancia, tuerto Sicambro! Si yo voy a tener que cazar ciervos, tú tendrás que abstenerte desde ahora de la carne de jabalí. Bizquearás cuando impartas órdenes a tus siervos, y mirarás oblicuamente a las turbas de tus guerreros cuando las saludes. Pero, en recuerdo de nuestra vieja amistad, te voy a dar un consejo: cuando vuelvas a casa y te encuentres junto al hogar, hazte una buena papilla con leche, harina y manteca. Te servirá a la vez de alimento y de medicina.

Tras estas bromas, renuevan solemnemente su pacto. Luego levantan juntos del suelo al rey, que sufría mucho, y lo colocan sobre su caballo. Finalmente se separan, regresando los Francos a Worms y el Aquitano a su patria. Allí es recibido con grandes honores y celebra públicamente la ceremonia de sus bodas con Hildegunda. Y allí, querido por todos y a la muerte de su padre, rige felizmente los destinos del reino durante treinta años. Cuáles fueron las guerras que tuvieron lugar en su reinado y cuántos triunfos cosechó en ellas, mi pobre pluma despuntada no es apta para relatarlo.

Tú, quienquiera que seas, que me lees, disculpa a la estridente cigarra. No repares en el tono chirriante de su voz. Piensa en la edad de quien, recién salido del nido, aún no se atreve a remontarse a las alturas.

Éste es el *Cantar de Valtario*. Jesús os conceda la salvación.

Notas

[1] Véase la edición bilingüe del *Beowulf* y otros textos anglosajones por Luis Lerate, Barcelona, Seix Barral, 1974, páginas 231-239. <<

[2] Gesta con la que el Waltharius comparte personajes como Haganón (Hagen), Guntario (Gunther) y Atila (Etzel). <<

[3] Véase *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, página 349. Recientemente, Peter Dronke y el llorado José Fradejas han insistido en lo identidad entre Valtario y Gaiferos. <<

[4] K. Strecker, editor, *Monumentaa Germaniae Historica, Poetae Latini Medii Aevi*, VI, fasc. 1, páginas 1-85 (Weimar, Hermann Böhlhaus Nachfolger, 1951). La dedicatoria de Geraldo se encuentra en los mismos *Poetae...*, V, 1-2, páginas 405-408, en edición del propio Strecker. El interesado en saber hasta qué punto el autor del *Waltharius* depende de sus modelos —la *Eneida* de Virgilio, sobre todo, y la *Psicomaquia* de Prudencio— deberá consultar el completísimo *apparatus de loci paralleli* en la edición de Strecker. <<

[5] Una alemana, llevada a cabo por Felix Genzmer (Stuttgart, Reclam, 1966), y otra italiana, a cargo de Quinto Santoli (Milán, All'Insegna del Pesce d'Oro, 1973). <<

[6] Otro nombre de los Hunos. <<

[7] *Ilíada*, IV, 86-147. <<

[8] El célebre herrero de la mitología germánica. <<

[9] *Thule* o *Thyle*, la última de las islas conocidas de los Romanos en la playa boreal de Europa; algunos la identifican con Islandia. <<

[10] Italia. <<

[11] La isla de Ceilán, confín del mundo para los antiguos. <<

[12] La estrella de la mañana. <<